

§ LXI. — Por el celo de la mujer católica se ha salvado igualmente el Catolicismo en Italia, en España, en Bélgica y en Francia. — La venerable Úrsula Benincasa. — Santa Teresa. — Margarita II, regente de los Países Bajos. — Catalina de Médicis; su magnífico retrato por Fleury. — Lamentables cualidades de los tres reyes, sus hijos. — Ella fué quien preparó el camino á Enrique IV y salvó la monarquía y el Catolicismo en Francia. — La liga que, á pesar de sus faltas, contribuyó al mismo objeto, no fué otra cosa que la expresion de los sentimientos de la mujer francesa, esencialmente católica.

En Italia igualmente fué una mujer, la venerable madre Úrsula Benincasa, fundadora de los *ermitaños teatinos*, quien se apercibió de los errores que los famosos heresiarcas Pedro Vermille y Bernardino Ochín, enviados por Lutero para protestantizar aquel hermoso país, esparcian en Nápoles. Ella fué quien despertó contra las nuevas doctrinas el celo del clero, y en particular de aquel gran apóstol San Andres Avelino, que habiendo confundido y arrojado de la ciudad á los astutos y elocuentes emisarios de Satanás, sin perderlos de vista los persiguió en todos los puntos de Italia y los obligó á retirarse á Ginebra. Herederos del espíritu y del celo de su santo fundador por la pureza de la fe, los clérigos regulares, compañeros de San Andres Avelino, tuvieron tambien mucha parte en la persecucion que se hizo entónces en Italia á los satélites de la impiedad, y tanto, que el Soberano Pontífice dijo: «Nos y nuestra Sede Apostólica estamos muy reconocidos á los clérigos regulares por lo que han hecho para librar á Italia de la herejía luterana.» Pero en Roma, en Florencia, en Génova, en Plasencia, en Milan, en Venecia, lo mismo que en Nápoles, la mujer católica era la primera que gritaba: «¡Al lobo de la herejía!» y hacía que el clero le siguiese las huellas.

En tanto que la venerable Úrsula, el apóstol de la ciudad de Nápoles (1), trabajaba para arrojar la herejía de Italia, otra grande

(1) La vida prodigiosa de esta sierva de Dios fué examinada y aprobada en Roma, por comision de la Santa Sede, viviendo todavía Úrsula, por el gran maestro del espíritu, San Felipe Neri, que la envió á Nápoles para que continuase allí el bien inmenso que hacía, diciéndole: «Id y orad continuamente por la Iglesia»; y puso sobre su cabeza su propio bonete clerical. Por esta razon la pintan con el bonete clerical á su lado. Sus virtudes, despues

y sublime mujer, Santa Teresa, hacia prodigios de celo para cerrarle las puertas de España. Esta ilustre virgen es mirada con razon por todos los escritores eclesiásticos como una de las más grandes é imponentes figuras de la Iglesia católica en estos últimos tiempos. Porque, en efecto, reuniendo el celo de los apóstoles á la pureza y al amor de Dios de los ángeles, y abrazando, en la grandeza de su caridad, el cuidado de la salvacion de todos con el mismo ardor que el de la suya propia (1), concibió la idea de restaurar las glorias del Carmelo, y otorgó por sí misma una regla admirable, que tiene el sello de la inspiracion divina, no sólo para las mujeres, sino tambien para los hombres (2); y esto con el fin de despertar, por medio de grandes ejemplos, el espíritu de penitencia, de oracion y de piedad, adormecido por mucho tiempo en su patria. Ella consiguió tambien, siendo una pobre virgen, privada de todo auxilio humano, y á pesar de la oposicion que le hicieron muchas veces los grandes del mundo, fundar en pocos años treinta y dos monasterios, encargados de esparcir y popularizar en España la perfeccion del Evangelio, lo cual no pudo hacerse sin el auxilio de la poderosa bendicion de Dios (3); y mientras que, en la mayor parte de las fundaciones de Órdenes religiosas, el hombre ha sido el primer actor y la mujer no ha hecho otra cosa que venir en su ayuda (*Adjutorium simile sibi*), aquí la mujer fué el actor principal, y San Juan de la Cruz, ese prodigio viviente de penitencia y de celo, no fué otra cosa que el compañero, el ministro y el coad-

del acostumbrado exámen, han sido declaradas solemnemente *en grado heroico* por un decreto del Sumo Pontífice Pio VI. No falta más que un milagro obrado por su intercesion para proceder á su beatificacion. Pero lo que es muy extraordinario es que, apénas murió, cuando fué nombrada y venerada como protectora de la ciudad de Nápoles en presencia de Dios; que la misma ciudad, por medio de sus representantes, se obligase á hacer por sí misma todos los gastos de su canonizacion, y que entre tanto vaya todos los años á invocar su proteccion, llevando una ofrenda á su sepulcro.

(1) «Angelicis dotata virtutibus, non modo propriam, sed publicam etiam salutem, sollicita charitate curavit.» (*Brev. Rom.*)

(2) «Severiore[m] veterum Carmelitarum regulam, Deo aflante, primum mulieribus, deinde viris observandam proposuit.» (*Ibid.*)

(3) «Effloruit in eo consilio omnipotens miserantis Dei benedictio; nam duo supra triginta monasteria, inops virgo, potuit ædificare, omnibus destituta auxiliis, quin imo adversantibus plerumque sæculi principibus.» (*Ibid.*)

jutor que Dios le dió (1). Pero la mayor gloria, la verdadera gloria de Santa Teresa, no consistió en haber restablecido la verdadera piedad en España, sino en haber contribuido más que todos á sostener la integridad de la verdadera fe. Ella, sin perder jamas de vista á los herejes, que habian conseguido introducirse en esta católica nacion, los señalaba á la vigilancia del clero y á la represion de la autoridad. Sin que sea nuestro ánimo justificar todos los actos, algunas veces demasiado severos, de la política de Felipe II para alejar de los vastos dominios de la corona de España el contagio de la herejía luterana, es indudable que este rey fué el único soberano que no transigió con la herejía, que le hizo una sangrienta guerra, que proyectó una inmensa expedicion contra Isabel, Reina de Inglaterra, que recibió sin tantas formalidades el Concilio de Trento y sus reformas eclesiásticas en sus estados, y que puso todas sus riquezas y su poder á disposicion de la Iglesia. Pero, ademas de la feliz influencia que una piadosa princesa de la casa de Francia, Isabel, hija de Enrique II y de Catalina de Médicis, ejerció sobre Felipe II para afirmarle en esta conducta que hizo de él el verdadero monarca católico de su época, se sabe que esta princesa se valia mucho de los consejos de Santa Teresa; que de las conversaciones y de la correspondencia epistolar que tenia con esta admirable mujer adquiria ella el celo y la constancia para la represion del error y la defensa de la verdad católica. Así, pues, Santa Teresa, cuyos inmortales escritos la han hecho el príncipe de los teólogos místicos del siglo XVI, puede ser considerada tambien como el martillo de la herejía en la misma época, el sosten del Catolicismo, el personaje más elevado y el verdadero apóstol de España.

Al mismo tiempo que Felipe II, inspirado por una santa mujer, salvaba la fe en España, Margarita II, hija tambien de Carlos V, inspirada por un grande hombre, hacia lo mismo con los Países-Bajos, adonde Felipe, su hermano, la habia hecho ir expresamente desde Italia para que se encargase de su gobierno. Esta era una princesa tan notable por su talento, por su sabiduría y por su valor como por su piedad. Declarada gobernadora de aquellas provin-

(1) « Sanctæ Theresiæ Sanctus Joannes à Cruce comes divinitus datus est; ut primevam Carmeli observantiam, inter fratres, Joanne adjutore, restitueret. » (*Brev. Rom.*)

cias, y fuerte con el concurso y las luces del célebre cardenal Comendón, en quien habia depositado toda su confianza en los negocios relativos á la religion, se burló de todas las intrigas del príncipe de Orange, fogoso calvinista, que trataba de introducir la herejía en los Países-Bajos con el fin de poderlos subyugar. Ella se opuso, con una firmeza de que muchos soberanos de aquella época carecieron, á las exigencias y á las invasiones de los protestantes armados, á quienes el apoyo de los príncipes de Alemania habia hecho indolentes en el más alto grado; ella desplegó la misma energía que su hermano contra los herejes, y el mismó celo que él para adoptar el Concilio de Trento en los países sujetos á su dominio y para mantener en ellos la autoridad del Papa y la fe de la Iglesia. De modo que tambien por una mujer se conservó el Catolicismo en Bélgica.

Pero en ninguna parte ha sido más feliz ni más eficaz que en Francia el concurso y la influencia de la mujer católica para el sostenimiento del Catolicismo. Los escritores que han considerado al traves del prisma de las pasiones de partido los grandes acontecimientos de que fué teatro la Francia al fin del siglo XVI, no han vacilado en atribuir á Catalina de Médicis, esposa de Enrique II y madre de Francisco II, de Carlos IX y de Enrique III, todos los males de que estuvieron á punto de ser víctimas la monarquía y la religion en aquel país. Nosotros nos inclinamos más bien á la opinion de aquellos que, habiendo penetrado bien el espíritu y la conducta de aquella princesa, le atribuyen, por el contrario, el mérito de haber salvado á la religion y á la monarquía del abismo que amenazaba tragarlas. Estamos muy léjos de aprobar todas las medidas que, con este doble objeto, aconsejó y adoptó ella misma. Sabemos que la justicia del fin no puede excusar jamas la iniquidad de los medios empleados para conseguirlo; sabemos que el asesinato no es permitido jamás, ni aún para hacer triunfar el Evangelio, y convenimos con Fleury en que Catalina hizo ciertas cosas que es imposible justificar. Mas á pesar de que concedemos una parte tan amplia á la imparcialidad histórica, nos es imposible encontrar exagerado este magnífico retrato que el mismo historiador hizo de la referida Reina, y que cualquier soberano desearia merecer:

« No puede negarse, dice, que esta princesa tuvo todas las perfecciones del cuerpo y del espíritu: un aspecto majestuoso, un aire

de grandeza y de autoridad que sabía imponer, unos modales nobles y afectuosos, un genio vasto y un espíritu agudo, delicado y penetrante, un talento maravilloso para los negocios y una habilidad singular para inclinar los espíritus á donde ella quería, un valor varonil y una grandeza de alma que le inclinaba naturalmente á todo cuanto existía de más elevado. Su prudencia se manifestó durante los treinta años que gobernó la Francia. Ella tenía un carácter afable, una magnificencia régia y una inclinación extraordinaria á todas las cosas grandes; además, ella era generosa hasta el exceso, afecta á las personas honradas, irreconciliable con los malvados y cuidadosa de no elevar ni favorecer demasiado á sus domésticos ni á los que estaban á su servicio.» (Libro CLXXVIII, § 80.)

En efecto, aquel era el tiempo en que, víctima de las turbulencias y sediciones que habían excitado los hugonotes, sostenidos por el favor de los príncipes y de los ejércitos extranjeros, estaba Francia agitada por las disputas teológicas, dividida por las facciones, y ensangrentada por la guerra civil más encarnizada y más feroz, de la que la religión fué muchas veces el motivo, y muchas más aún el pretexto. Por otra parte, los tres reyes, hijos de Catalina, que, en vida de ella, se sucedieron entónces en el trono de Francia, eran unos cristianos de fe vacilante y de costumbres relajadas; eran unos hombres sin talento y sin carácter; eran unos príncipes vanos hasta la fatuidad, débiles hasta la bajeza, imprudentes hasta la temeridad, severos hasta la barbarie, inciertos en sus consejos, violentos en sus arrebatos y que comprometían la autoridad á fuerza de querer hacerla valer, en perjuicio de la justicia, por medios que la razón desaprueba y la religión condena. Eran, por consiguiente, absolutamente incapaces de hacer frente á tantas borrascas y de conjurar tantos peligros. Pues bien: en una situación semejante, con unos soberanos tales, no se puede pensar sin estremecerse lo que hubiera sido de la fe católica y de la monarquía francesa si la Reina madre, con su vasto genio, con su maravilloso talento, con su singular destreza, con su grandeza de alma y su ánimo varonil, no hubiera estado allí dirigiendo los negocios á nombre de sus hijos y ayudándoles con los consejos de su sabiduría y con el ejemplo de su firmeza. Nombrada regenta por primera vez á la muerte de Enrique II, su esposo, lo fué por segunda vez por los Estados de Orleans, á la muerte de Francisco II, y por

tercera vez, á la muerte de Carlos IX, por este mismo rey. Ved aquí, pues, una prueba de que, en la opinión de los representantes del país y en la de la corte, en las circunstancias difíciles en que se encontraba la Francia, no podía pasar sin el espíritu varonil y el brazo de hierro de esta mujer, y que ella era el único personaje capaz de salvar entónces la nave del Estado, engolfada entre tantos escollos y combatida por tantas tempestades.

Dominada en toda su conducta por la idea de que Francia, esencialmente católica y esencialmente monárquica, no podía verse tranquila y dichosa sino á la sombra del poder hereditario y del Catolicismo, por una parte tuvo ella siempre á Enrique de Navarra, aunque hugonote, por heredero legítimo de la corona de Francia, en su casa, lo cual hizo que los de la Liga echasen en cara á la Reina que simpatizaba con la herejía; y por otra parte, hizo siempre la guerra á la herejía, única causa de las desgracias del reino, y esto fué causa de que los hugonotes le echasen en cara haber simpatizado con la rebelión. El hecho es que, al hacer la guerra á la herejía, salvó al Catolicismo en Francia, y al estar de parte de Enrique de Borbon, salvó igualmente la monarquía. Con su sagacidad profunda había conocido la bella alma de Enrique IV, y aun cuando en la conferencia que tuvo con este príncipe en San Bricio, adonde fué expresamente para obligarle á hacerse católico, fracasó, jamás desesperó de su conversión. Animada de esta esperanza, al tiempo de su muerte encargó á Enrique III, su hijo, que se entendiese con el rey de Navarra y que no violentase las conciencias. Estas solas palabras encerraban todo un sistema de gobierno, todo un programa de una política amplia é ilustrada, la única que podía convenir entónces á Francia, y ellas sirvieron de pedestal á Enrique IV para subir al trono, porque, acordándose Enrique III, al morir, de las últimas palabras de su madre, declaró á Enrique IV por su sucesor y obligó á los grandes que rodeaban su lecho de muerte á que reconociesen á este príncipe por su legítimo Rey. De modo que á una mujer debe la Francia haber conservado, en los momentos más difíciles que presenta su historia, la legitimidad de la religión y la religión de la legitimidad.

Este celo de Catalina por mantener la fe católica en Francia fué imitado por las mujeres más principales de la aristocracia francesa; y si el calvinismo feroz, cuyos furibundos apóstoles eran los hugo-

notes, no pudo extenderse en Francia, á pesar de las poderosas simpatías que habia encontrado en la córte, en el palacio, en el Parlamento y aún en el clero mismo, no fué tanto porque ciertos teólogos lo combatieron y ciertos príncipes lo proscribieron, cuanto porque las mujeres no lo aceptaron, y porque las mujeres no lo aceptaron fué por lo que estos teólogos lo combatieron con buen éxito, y estos príncipes lo proscribieron, y la accion de la Santa Sede contra esta herejía, que amenazaba invadir toda la nacion cristianísima, tuvo los más felices resultados.

Nosotros creemos que Enrique IV se convirtió sinceramente al Catolicismo, porque sólo despues de haber conquistado su trono con la espada, sólo despues de largas reflexiones y de serias discusiones, á las que asistió en persona, sólo despues de haberse hecho instruir y haberse convencido de la falsedad de la doctrina de Calvino y de la verdad de la fe romana, fué cuando se decidió á hacer su abjuracion con la mayor solemnidad. Pero las mujeres tuvieron tambien mucha parte en esta conversion. La princesa Catalina de Borbon, su hermana, María de Cleves, esposa del príncipe de Condé, y Francisca de Orleans, su suegra, habiéndose decidido á hacerse católicas de resultas de várias conferencias acerca de la religion, tenidas con el padre jesuita Maldonado y el ministro Suero del Rosal, que acababa de adjuar sus errores y de convertirse en apóstol del Catolicismo, consiguieron acabar de decidir al rey Enrique á abrazar el mismo partido. En la carta que el mismo Enrique dirigió al Pontífice el dia 3 de Octubre de 1572, al expresarle su vivo dolor por haber estado tanto tiempo excluido de la comunión de la Iglesia por la falsa doctrina en que habia sido instruido desde su juventud, le declaró que, por los sabios consejos que le habia dado, entre otras, la Reina madre, habia reconocido sus errores.

La Liga, aquella expresion fiel del espíritu frances respecto á la religion y á la política, á pesar de los crímenes y de los errores de sus jefes; la Liga, que, á pesar de sus defectos, hizo imposible el protestantismo en Francia, representó principalmente la opinion y los sentimientos de la mujer francesa respecto á estos mismos objetos; la mujer fué quien los inspiró y los hizo valer. Y sólo cuando el Bearnés (Enrique IV) consintió al fin en oír *misa*, y tranquilizó con este solo hecho la alarma religiosa y la susceptibilidad católica

de las mujeres, fué cuando la Liga desapareció, como que ya no tenía fuerza ni apoyo, ni razon de existencia.

Esto consiste en que en la mujer católica francesa hay una especie de instinto esencialmente católico que le hace odiosa, antipática ó indiferente toda religion que no sea el Catolicismo. El sexo femenino, en su generalidad, jamas será protestante en Francia. Su buen sentido le hace conocer á primera vista que el luteranismo, el calvinismo, el pietismo, el metodismo, el cuaquerismo, no son otra cosa que unas farsas religiosas más ó ménos odiosas, más ó ménos absurdas, más ó ménos ridiculas. La mujer francesa será católica ó no será nada, y lo mismo sucederá á la Francia; y la revolucion francesa, con todas sus consecuencias, no hizo otra cosa, como lo vamos á ver, que demostrar más y más estas disposiciones de la mujer francesa y de la Francia entera en favor del Catolicismo.

§ LXII.—Ojeada general sobre el concurso de la mujer católica en los grandes trabajos de los santos de los tiempos modernos para la reforma de costumbres y para el desarrollo del espíritu del Catolicismo.—Consideraciones sobre este concurso, particularmente en Francia.—San Francisco de Sales debió á las santas mujeres el pensamiento de sus mejores escritos y el espíritu de dulzura que en ellos se encuentra.—Santa Francisca de Chantal, ayudando á San Francisco de Sales en la fundacion de la Orden de la *Visitacion*.

Al mérito y á la gloria de haber contribuido tanto á detener los estragos del error y á conservar pura é intacta la fe de la Iglesia, ha añadido la mujer católica de los tiempos modernos el mérito y la gloria de haber contribuido prodigiosamente á la reforma de las costumbres, á la restauracion de la verdadera piedad y á la firmeza y desarrollo del Catolicismo. Al lado de tantos santos fundadores de nuevas Órdenes religiosas, y de tantos otros santos de las mismas Órdenes y de todas las clases del pueblo cristiano, suscitó Dios en la misma época un número prodigioso de santas mujeres, llenas del mismo espíritu, para que le sirviesen de auxiliares (*Adjutorium simile sibi*) en la grande empresa de combatir los vicios, de hacer florecer las virtudes, de multiplicar y variar hasta el infinito las obras de caridad del Evangelio y de mantener siempre vivo en la Iglesia el espíritu de santidad, con el fin de mostrar de esta suerte á los

más ciegos que la Iglesia católica, en la que únicamente se obran estas maravillas, es la única santa, y por consiguiente la única verdadera Iglesia. De modo que esos nuevos héroes del Cristianismo, obispos, sacerdotes, religiosos, legos, mártires, apóstoles, doctores, reformadores, inocentes ó penitentes, lo mismo que en los siglos anteriores, casi nada hicieron de grande, de útil y de durable sino por el concurso y la cooperacion de las mujeres. Tres de los grandes taumaturgos del celo y de la virtud cristiana de estos últimos tiempos, San Cayetano, San Ignacio de Loyola y San Carlos Borromeo, se encontraron en este mismo pensamiento, á saber: *que el medio más á propósito para reformar las costumbres del pueblo cristiano, y conservar en él el espíritu de la verdadera piedad, es la frecuencia de los sacramentos de la confesion y de la comunión.* Siguiendo las huellas del primero de estos tres grandes hombres, que, segun el *Breviario, Sanctissimæ Eucharistiæ frequentiore usum maxime promovit*, los otros dos trabajaron en este sentido para conseguir el mismo objeto, y lo consiguieron; pero esto fué porque consiguieron ante todo atraer á las mujeres á estas grandes prácticas del Cristianismo, y por medio de las mujeres consiguieron tambien atraer á los hombres; de modo que raras veces se ha visto ni se ve en nuestros dias á los hombres acercarse al tribunal de la penitencia ó á la sagrada mesa sin ser impulsados á ello por las mujeres.

La Italia ha tenido en estos últimos siglos, entre otras, á la bienaventurada Bartolomea Vagnesi, á la bienaventurada María de las Cinco Llagas, á Santa Verónica Guiliari, á Santa Catalina de Bolonia, á Santa Catalina de Génova, á Santa Catalina de Mattei, á Santa Catalina de Rizis, á Santa María Magdalena de Pacis, á Santa Jacinta Marescotti, á Santa Angela Merezi y á Santa Victoria Fornari. España, ademas de la sublime Santa Teresa, se gloria de las bienaventuradas Catalina de Palma, María de Cardona y María de Palencia. La Francia puede recordar con vanidad á Santa Francisca de Chantal, á sus bienaventuradas Alacoca, Germana de la Encarnacion y Clotilde, hermana de Luis XIV. La misma América ha tenido á Santa Rosa de Lima y á la bienaventurada Mariana de Paredes. Pues bien; es imposible formar una idea del bien que estas Santas, lo mismo que otras muchas que, sin haber conseguido el título de santas ó de beatas, tuvieron la dicha de elevarse á la perfeccion de la santidad, han hecho en estos últimos tiempos á la

Iglesia y á los Estados donde han vivido. Ellas han renovado todos los prodigios de celo y de caridad de las santas de la escuela de San Jerónimo y de San Juan Crisóstomo, en *la época de los padres*, y los mismos prodigios que Santa Brígida, Santa Francisca Romana, Santa Juliana y Santa Catalina de Sena obraron en *la Edad Media*. No hay una fundacion piadosa, no hay una empresa de celo á la que estas santas mujeres no hayan contribuido de alguna manera.

Todas las iglesias, todos los conventos y los hospitales que en los tres últimos siglos se han multiplicado de una manera prodigiosa para bien de la religion y de la humanidad; en todas las partes del mundo, y que han tenido á un hombre por fundador, han sido edificados por las instancias y con el auxilio de ciertas mujeres piadosas y consagradas á la causa de la religion y de la desgracia. Pero no podemos hacer referencia de todas estas obras, porque esto sería volver á comenzar nuestro trabajo. Nos limitaremos, por consiguiente, á Francia, donde escribimos, é indicaremos tan sólo algunos ejemplos del poderoso auxilio que la mujer católica ha prestado á los grandes hombres de este país, que en estos mismos siglos han hecho más por la Iglesia y por el Estado.

El primer lugar en este pequeño catálogo de los elevados personajes franceses, ayudados por las mujeres en la práctica del bien, pertenece de derecho al amigo y consejero de Enrique IV, al ángel de la dulzura, al apóstol de la verdadera devocion, San Francisco de Sales, cuyo nombre no puede pronunciarse sin sentirse atraído por el Catolicismo, que le hizo tan grande, pero por el concurso de las santas mujeres. Ya hemos oído más arriba (tomo 1) á Mr. Capefigo, que atribuye á la influencia de las santas y admirables matronas romanas del siglo IV ese espíritu de piedad y de dulzura, esos sentimientos delicados que constituyen en gran parte el mérito y el encanto de las inmortales cartas de San Jerónimo. Pues bien; no creemos que nos engañemos al afirmar que San Francisco de Sales debe igualmente á sus conversaciones virginales con Santa Francisca de Chantal y con el gran número de señoras piadosas á quienes dirigia en el camino de la salvacion y de la perfeccion cristiana, esa unción deliciosa, esa suavidad celestial y ese perfume exquisito de piedad que reinan en todos sus escritos. Entre las señoras á quienes el Santo dirigia, fuera de su diócesis y de las co-

munidades religiosas, se encontraba una parienta suya; y no pudiendo instruirla de viva voz, le escribió muchas cartas sobre el modo de santificarse en medio del mundo. Ella formó una coleccion de estas cartas, y habiéndolas mostrado al gran maestro del espíritu, el padre jesuita Texier, se llenó de admiracion al verlas, y obligó al autor á que revisase su trabajo y lo publicase, para gloria de Dios y bien de las almas que deseaban practicar la verdadera devocion sin ser obligadas á dejar el siglo. El Santo accedió á sus instancias. Dió un nuevo orden á sus cartas y formó de ellas su admirable tratado de la *Introduccion á la vida devota*, que le ha colocado en el primer lugar de los autores ascéticos y de los verdaderos reformadores de las costumbres del pueblo cristiano.

En el prólogo de esta inmortal obra, que equivale á muchos gruesos volúmenes, se expresa el santo autor de este modo: «Casi todos los que han tratado de la devocion se han propuesto la instruccion de las personas retiradas absolutamente del mundo, ó al ménos han enseñado una especie de devocion que conduce á ese retiro absoluto. Mi intencion es instruir á los que viven en las ciudades, en las casas particulares ó en el palacio, y que, por su condicion, se ven obligados á vivir como los demas en cuanto al exterior. Yo dirijo mis palabras á Filotea, porque queriendo reducir á la utilidad de muchas almas lo que escribia al principio para una sola, llamo con un nombre comun á todas las que quieran ser devotas: Filotea quiere decir amante ó amorosa de Dios.» Mas es fácil conocer que esta inmortal obra, cuyo motivo fué suministrado al Santo por una mujer, fué destinada para indicar especialmente á las mujeres que vivian en medio del mundo un camino fácil y seguro: *Facile et tutum iter* (*Brev. Rom.*), por el que pudiesen elevarse á la más alta perfeccion. Lo mismo puede decirse de su célebre *Tratado del amor divino*. Los nueve volúmenes de sus admirables cartas, que en nada ceden á las de San Jerónimo y San Bernardo, pero que no son leídas, ni aún conocidas tanto como merecen, no son otra cosa que unos pequeños tratados sobre los deberes, sobre las virtudes, sobre las prácticas del Cristianismo perfecto, para uso de las mujeres, á quienes están dirigidas casi todas. Conocia muy bien este gran evangelista de la caridad de Dios y de la verdadera devocion, que el medio más eficaz de hacer germinar esas hermosas flores del Evangelio en los terrenos cenagosos del mundo, es el

de plantarlas primero en el corazon de la mujer; porque ella no puede ser sincera y sólidamente devota sin hacer que el hombre lo sea igualmente.

Es tambien muy fácil conocer que las grandes prácticas que el autor recomienda en sus preciosos escritos, no tanto las sacó de su propio espíritu y de su propio corazon, cuanto del espíritu y del corazon de tantas santas mujeres como le rodeaban y cuyos ejemplos tenía siempre á la vista, y que, como confesó San Ambrosio con respecto á su obra sobre la virginidad, la vida de ellas fué lo que San Francisco de Sales propuso como regla de conducta; sus actos de piedad fueron formulados por él en preceptos y en leyes de la verdadera devocion. Así, pues, su libro inmortal de la *Introduccion á la vida devota*, escrito para instruir á una mujer, inspirado por el celo y la santificacion de las mujeres, y formado en gran parte por la vida práctica de las más santas de entre ellas, puede ser considerado, en cierto modo, como obra de la mujer católica, al ménos de su influencia y de su inspiracion.

Finalmente, en la fundacion de la Orden de la Visitacion, fué ayudado tambien San Francisco de Sales por una mujer; ésta fué Santa Francisca de Chantal, alma fuerte hasta el heroismo, y tierna y dulce hasta el encanto, cuya maravillosa vida, que reunia en sí toda la perfeccion de la santidad de la virgen, de la esposa y de la viuda, fué en Francia lo que la vida de Santa Teresa en España, un verdadero apostolado para las mujeres del siglo, lo mismo que para las del claustro. Dios habia mostrado á San Francisco de Sales en una vision esta mujer sublime, que debia ayudarle en el establecimiento de una grande y santa obra. Esta vision se cumplió en efecto, porque la santa de Chantal fué la mano derecha del santo prelado en el establecimiento de la obra de la Visitacion, y al mismo tiempo el intérprete sincero y constante de su espíritu, el eco fiel de su corazon y el auxiliar en todas las empresas de su celo; que participó de todos sus trabajos y de todas sus glorias en la defensa de la Iglesia, en la reforma de las costumbres y en la propagacion de la verdadera piedad.